

El código paterno del maestro Elliot W. Eisner

por Ricard Huerta

Universitat de València

En nuestro recorrido profesional surgen personajes que nos marcan de forma decisiva, del mismo modo que en nuestras vidas acontecen sucesos vinculados a personas con las cuales descubrimos cuál es el camino a seguir, gracias a las vivencias que compartimos con ellas y a la confianza que nos transmiten. Esas personas son capaces de elaborar lo que yo llamaría un código paterno, es decir, una cercanía que nos inspira y nos anima, incrementando nuestro deseo de saber y nuestro gozo por transmitir. Nos comunicamos con ellas desde el respeto que les tenemos, en base al reconocimiento moral que se han ganado con su ejemplo. Algunas de esas personas se sitúan cerca, en un sentido físico; su presencia es constante, y sus consejos llegan a nuestros oídos a través de palabras y de gestos, expresiones que conocemos y valoramos. A otras no las tenemos geográficamente cerca, y sin embargo nos transmiten sus saberes y consejos a través de textos, mediante libros que leemos, ofreciéndonos documentos que disfrutamos y adaptamos a nuestra propia realidad. Uno de esos personajes de libro(s) que ha marcado mi trayectoria de manera contundente es sin duda Elliot Eisner. Al igual que él, mi formación está ligada a las artes, ya que estudié música en el Conservatorio Superior, y después Bellas Artes en la Facultad de San Carlos. Pero esa coincidencia la detecté mucho después, gracias a una conversación que pude tener con el maestro en Madrid. Empecé a leer a Eisner estimulado por compañeros de la universidad como Jaume Martínez Bonafé y Fernando Roda, quienes a mi llegada a la Facultad de Magisterio allá por 1990 me recomendaron *Procesos cognitivos y curriculum* (Martínez Roca, 1987). Este texto sigue conmoviéndome, por su clarividencia y por la destreza con la que elabora su discurso pedagógico. También Roser Juanola y Ricardo Marín me transmitieron su entusiasmo por el maestro, algo que se afianzó con la edición en español de *Educación la visión artística* (Paidós, 1995). Fue la idea *eisneriana* de formar a profesorado competente partiendo de cuatro ámbitos la que me animó a elaborar y publicar el libro *Art i Educació* (PUV, 1995). Según el maestro, las cuatro columnas necesarias para preparar a un buen docente en artes visuales supondrían que este profesional dominase tanto la historia como la crítica de arte (estética), que por supuesto tuviese una buena preparación pedagógica, y que además fuese hábil con las técnicas de taller, es decir, que controlase la parte procedimental de la creación artística. Pudiese parecer que Eisner reclamaba

una utopía, pero lo cierto es que su DBAE aspiraba a dotar de docentes muy capaces a los centros educativos. Era una aspiración legítima, y coherentemente argumentada. Con *El ojo ilustrado* el maestro incidía en la importancia que pueden ejercer las artes en la formación de la ciudadanía, del mismo modo que *El arte y la creación de la mente* (también publicada por Paidós) respondía de nuevo a su preocupación por difundir los valores del arte en la educación. Ahora podemos valorar lo importante que hubiese sido para nuestra área de conocimiento el hecho de haber conseguido profesorado especialista en Educación Primaria cuando tuvimos esa oportunidad al implantarse la LOGSE al inicio de la década de 1990. Del hombre recuerdo su sonrisa jovial, y su emoción al contar anécdotas, que más bien parecían clases magistrales de sabiduría, contención y humildad. Intuyo que su pasión por el arte rozaba un permanente síndrome de Stendhal. Cuando recientemente disfruté viendo la película *La Grande Bellezza* volví a recordarle y a valorar su legado. Por tanto, reitero mi reconocimiento y mi absoluto agradecimiento a ese gran maestro que ha sido y sigue siendo para nosotros Elliot Eisner.